

## castillos en la arena

TAN pronto como ha ido finalizando este coluroso verano de 1967 ha vuelto la prensa a ocuparse de la amplia temática que continuamente nos ofrece la economía española. Septiembre es un mes que se nos une en el tiempo a los últimos días de la primavera, dejando aparte un largo paréntesis estival que para una economía cuya fuente más sonada de riquezas es el turismo, suele ser propicio a toda clase de hipótesis y alucubraciones optimistas. Después, la realidad es mucho más compleja; el aluvión de divisas que nos proporciona el turismo no impide que los precios inicien una nueva carrera, que unida a las que ya se han producido desde 1964 nos han hecho abandonar definitivamente aquellos principios relacionados con la «estabilidad económica», a los que con tanto apego se adhería el primer Plan de Desarrollo.

Con la vuelta del otoño se ha descendido hacia posiciones mucho más realistas. Como en 1966, por estas fechas, la revisión del salario mínimo ha venido a ocupar las primeras páginas de la prensa. Los Consejos Económicos Sindicales y otras Organizaciones de trabajadores y jurados de empresa han manifestado su disconformidad con la situación actual. El salario mínimo de 84 pesetas diarias se considerado inaceptable y a nuestro juicio cualquier salario que se fije tomando aquel como base —y no las necesidades sociales previamente determinadas— ha de quedar insuficiente. Todo se pasa como en 1966, salvo que en la presente edición el Consejo Nacional de Trabajadores ha preferido no concretar sobre su cuantía después de la experiencia de 1966. La economía, se dijo entonces, no daba para más.

El tema del campo ha vuelto a ser objeto de numerosos y muy variados comentarios. La crisis de las estructuras y formas de producción tradicionales es incluso exigida por sectores que hasta la fecha habían guardado cierta discreción. Con evidente retraso el capitalista español comienza a comprender los consejos del príncipe de Lampedusa cuando se expresaba de esta forma: «es necesario que todo cambie para que todo siga igual». No obstante, todavía la discusión tiene un claro matiz estival. Ante unas realistas declaraciones del obispo de Cádiz, M. Añoveros, el señor Halcón ha tenido ocasión de progresar en la elaboración de su «teoría del latifundio» —véase TRIUNFO, número 276— que habrá despertado tanto interés en los círculos de labradores de las provincias andaluzas y que introduce un nuevo elemento —las inconsolables viudas de los terratenientes— de estimable valor sociológico.

Mientras que las afirmaciones del ilustre sevillano continúan ocupando las páginas de los diarios, vuelvan a aparecer por el horizonte ligeros comentarios a la aguda crisis industrial generada en determinadas zonas geográficas y sectores económicos. Las encuestas y estudios económicos sobre el tema comienzan de nuevo a ser revelados por la prensa. Según la Cámara del Comercio, la Industria y Navegación de Bilbao, los stocks de productos terminados, de acuerdo con las contestaciones de los empresarios, han alcanzado las cotas más altas en lo que va de año. La crisis parece extenderse a otras zonas y sectores económicos que hasta la fecha superaban holgadamente la situación.

Según datos de Información Comercial Española, en los cuatro primeros meses del año la producción de máquinas-herramientas ha descendido en un 22,5 por ciento; la producción de maquinaria agrícola, en un 14,4 por ciento; la de frigoríficos, en un 33,5 por ciento; la de lavadoras, en un 31,3 por ciento... tan solo radios y televisores tienen un ligero signo positivo entre un amplio conjunto de productos que informan ampliamente de la conjuntura industrial. Por su parte, la «inversión» bruta del sistema económico no sólo redujo su ritmo de crecimiento a finales de 1966, sino que incluso ha llegado a descender en un 2,5 por ciento en el primer trimestre de 1967. Por último, las «importaciones de bienes de equipo», tras registrar gigantescos incrementos a partir de 1962, experimentan también un descenso a finales de 1966, manteniéndose desde entonces a niveles muy similares. Las consecuencias sociales de esta crisis latente en la industria de bienes de equipo y manufacturas de consumo exigen un tratamiento adecuado, que no debe consistir en una animación ficticia y temporal de la demanda.

ARTURO LOPEZ MUÑOZ

## V. O.

DESDE hace años, casi desde que, al poco de terminar la guerra, se impuso el doblaje obligatorio de las películas extranjeras que se exhibieran en España, como método de protección a la industria nacional —protección, por otra parte, muy discutible—, se han reproducido periódicamente las polémicas sobre la conveniencia y viabilidad de la versión original. Desde el punto de vista artístico parece que no cabe duda de que el film en V. O. es el único que podría ser objeto de juicio crítico, el único que responde, como objeto, a lo que su realizador quiso. El doblaje no sólo le priva de un factor tan importante como es la voz de los actores, sino de un ritmo sonoro en sentido amplio, ya que la banda de efectos, que generalmente se conserva, no pasa a las nuevas mezclas con el mismo valor ni es potenciada en la misma forma. Un film se ve y se escucha simultáneamente. ¿Por qué, entonces, privar al espectador de la mitad de lo que constituye la película?

Viene este a cuento del estreno en Madrid de «El precio de una cabeza», el film que Bourguignon realizó en Hollywood a raíz del éxito europeo y americano de su más que discutible «Sibila». Es raro, por infrecuente, el ver en una pantalla comercial española un film en V. O., a pesar de que una disposición oficial da facilidades para la importación de películas a exhibir en estas condiciones. Y, en general, cuando se ha intentado la experiencia no se ha hecho debidamente. Lo que podría atraer a un público no acostumbrado a una proyección en V. O. subtitulada, sería la presencia en el reparto de intérpretes prestigiosos sobre cuya calidad de dicción se hiciera la debida publicidad. Las escasas películas que se han estrenado siguiendo esta fórmula, sin embargo, han sido productos industriales de la serie «B», sin ningún atractivo especial, y a las que, en consecuencia, el «handicap» de los subtítulos no hacía sino restar eventuales espectadores. No se trata ahora de entrar en el análisis de «El precio...», que no es objeto de este comentario. Sí hay que decir, empero, que en este caso la elección del film para presentarlo en V. O. ha sido acertada, por otras razones que las aludidas más arriba: excepto dos americanos y un sueco, el resto de los personajes de la película son mejicanos, y hablan, salvo el interpretado por Gilbert Roland, que es bilingüe, siempre en español; los diálogos en nuestro idioma son, cuantitativamente, mucho más importantes que los ingleses. Los subtítulos, por tanto, son escasos y no pueden fatigar ni al espectador menos habituado. Todos los actores, sea cual sea su nacionalidad —una lección para quienes se ocupan del doblaje de las películas extranjeras... y de las nacionales— hablan con sus propias voces, aunque sus acentos disten de ser perfectos, como ocurre en los casos de Nino Castelnuovo y Henry Silva o de Max von Sydow. La banda de diálogos tiene, a pesar de todo, mucha más verosimilitud que las que estamos acostumbrados a oír, generalmente monótonas y faltas de matiz y espontaneidad, y ello no por falta de profesionalidad en quienes las realizan, sino por la propia esencia del procedimiento.

¿Es viable la V. O. entre el público español? ¿No constituiría su implantación una experiencia demasiado arriesgada? Creo, sinceramente, que no. Siempre, naturalmente, que se hiciera como es debido. Los precedentes que se citan en contra no valen como tales. Limitándose a Madrid recuerdo las experiencias de los desaparecidos cines Vey y Geng, y algunos casos aislados, marginales. Los dos locales citados programaron, con varios años de diferencia, una serie de películas en V. O., sin subtítulos en la inmensa mayoría de los casos, ya previamente estrenadas, y orientaron la publicidad principalmente hacia los estudiantes de idiomas o los súbditos extranjeros. Lógicamente, la asistencia del público no era numerosa. El cinefilo, cuando se trataba de películas de auténtico interés, las conocía ya por sucesivas visiones y la barrera del idioma, a pesar de todo, contaba. En lo que se refiere a experiencias aisladas, como la de «Becket», el problema es el mismo. La película empezó a proyectarse, en sesiones especiales y en V. O., cuando ya llevaba varias semanas en cartel la versión doblada, y además sin subtítulos... Todo esto, pues, quiere decir poca cosa ante la posibilidad de una normalidad en las proyecciones en V. O. subtitulada, que no se trata de que desbanquen al doblaje, sino de que coexistan con él, al menos en las grandes ciudades. En éstas, en las que es raro que un film se estrene en un sólo local, se podrían proyectar simultáneamente las dos versiones, dando al público la oportunidad de elegir, o incluso de repetir la visión para comparar. Ello satisfaría, indudablemente, a un gran número de espectadores, lo suficientemente abundantes en la actualidad en las grandes núcleos de población como para que la experiencia fuera rentable, dado que el costo de los subtítulos es muy inferior al del doblaje, y que incluso en algunos casos, como los de películas adecuadas para las nuevas salas de Arte y Ensayo, aunque su importación no estuviera acogida expresamente a las normas que las regulan, podían exhibirse únicamente en V. O. Porque esta es otra de las vertientes del amplio problema: las referidas salas, que ya funcionan en Barcelona con auténtico éxito, necesitarán pronto para su programación, para adquirir una personalidad propia, contar con otros títulos que los especialmente importados para ellas, si no quieren caer en el peligro, en la monotonía, de los Cine Clubs que, faltos de imaginación, se limitan a programar cada temporada los films importados temporalmente por la Federación, con lo que sus listas de actividades resultan intercambiables.

CESAR SANTOS FONTENLA